



HERALDOS DEL EVANGELIO



E-book

Lourdes:
curaciones, milagros y la
confirmación de un dogma

ÍNDICE

<i>Prefacio</i>	3
<i>Origen del nombre «Lourdes»</i>	5
<i>La humilde sierva elegida por la Santísima Virgen</i>	7
<i>El encuentro con la joven «Señora»</i>	10
<i>La gruta comienza a atraer gente – Surgen las primeras oposiciones</i>	13
<i>Brota la fuente de las aguas milagrosas</i>	15
<i>El alcalde prohíbe el acceso a la gruta</i>	17
<i>Napoleón III ordena levantar la prohibición</i>	18
<i>La entrada de Bernadette a la vida religiosa</i>	19
<i>Milagros</i>	21
<i>Peregrinaciones</i>	23
<i>Los Papas y Lourdes</i>	24
<i>Aún joven, Bernadette va al encuentro de la Señora que tanto amaba</i>	27
<i>Oración</i>	30
<i>La Gruta de Lourdes, cátedra de una sorprendente escuela de oración</i>	32
<i>Lourdes con los ojos del milagro</i>	34

PREFACIO

Lourdes, tan popular hoy en día, pero que hasta el siglo XIX era desconocida para la mayoría de los mortales. Se pierde de vista la cantidad de mujeres que hoy llevan este nombre, debido a la influencia de esta devoción. Allí, en aquella ciudad francesa situada entre los Pirineos, la Divina Providencia convertiría una simple gruta en un escenario de extraordinarias maravillas.

El Santuario de Lourdes es el tercer lugar de peregrinación más importante del mundo, sólo después de Roma y Jerusalén. El número medio de visitas en la actualidad ronda los seis millones de personas al año. Sin embargo, los peregrinos no se sienten atraídos al lugar sólo por la idea de conseguir una cura. Hay muchas otras razones: fe, pruebas, dudas, curiosidad y muchos otros motivos. Lo cierto es que todo el





mundo queda impresionado con el lugar. Los cristianos se sienten fortalecidos, consolados y, por qué no, reconfortados; y los incrédulos se van con sus conceptos cambiados.

Este pequeño libro, querido lector, le ofrece la narración de una historia llena de belleza, fe, amor y devoción. Las apariciones de la Virgen María a Santa Bernadette Soubirous son manifestaciones de la bondad y misericordia de Dios, que nunca se cansa de venir a nosotros a través de su santísima Madre. Así fue también en Guadalupe, Aparecida, Rue du Bac, La Salette, Fátima, Akita... Son invitaciones a la conversión, a la oración y a la penitencia dirigidas a toda la humanidad.

Que la lectura de este libro sirva de instrumento para que la Madre del Redentor derrame sobre usted todas las gracias que un día concedió en la bendita gruta de Lourdes, y que continúan hoy.

ORIGEN DEL NOMBRE «LOURDES»

El lugar de las apariciones existía desde los primeros tiempos del cristianismo. Era dominio romano, pero fue invadido por bárbaros y, siglos después, tomado por musulmanes. En el año 732, Carlos Martel, general de los francos, los derrotó. Posteriormente, un caballero árabe convertido por Carlomagno rindió homenaje a la Santísima Virgen. Fue bautizado con el nombre de Lorus y recibió



Carlos Martel venciendo a los árabes en Poitiers

el título de caballero y comandante de tropas. El hecho fue notable y el lugar pasó a llamarse Lorus. Con el tiempo y con una variación lingüística natural, el nombre del lugar pasó a ser conocido como Lourdes.

Desde hace largo tiempo, pues, el lugar ya estaba bajo la mirada materna de la Santísima Virgen...

A mediados del siglo XIX, mientras el mundo se alejaba de la fe en medio de la difusión de doctrinas ateas, la Iglesia proclamó el dogma de la Inmaculada Concepción de María, que afirma que la Madre de Dios fue concebida sin pecado original, y aquella aparición lo reforzó.

Poco después la Virgen vino a la tierra trayendo la bendición de su presencia. Ella eligió, entre millones de personas, a una humilde sierva para mostrar su rostro glorioso: la pequeña Bernadette.

Su aparición iba a sensibilizar a cientos de miles de peregrinos de todo el mundo. Más aún: milagros absolutamente inexplicables a los ojos de la ciencia desafiarían a los incrédulos de la época. Demostrarían que, por encima de todo, está la omnipotencia de Dios.



LA HUMILDE SIERVA ELEGIDA POR LA SANTÍSIMA VIRGEN

Bernadette nació el 7 de enero de 1844 en Moulin Boly, cerca de Lourdes, y fue bautizada como Marie-Bernard. Era hija de François y Louise Soubirous.

La pequeña Bernadette no gozaba de buena salud: sufría ataques de asma, que la acompañaron desde los seis años hasta su muerte, pero era feliz y le encantaba jugar.

Sus padres le transmitieron a ella y a su hermana Toinette una fe sólida y a vivirla siempre y firmemente.

En la época de su nacimiento, Francia estaba gobernada por el emperador Napoleón III, bajo el pontificado de Pío IX. Europa vivía

un período de prosperidad. Sin embargo, la familia de Bernadette atravesaba dificultades económicas.

Estos problemas pecuniarios le impidieron a Bernadette dedicarse a sus estudios. A los trece años todavía no había hecho la Primera Comunión. Finalmente fue presentada al párroco para comenzar la catequesis, que emprendió con mucha seriedad.

Los domingos seguía con fervor la Misa y pasaba mucho tiempo contemplando el Sagrario con sus santos y ángeles.



Debido a las dificultades de la familia, tuvo que dejar la catequesis para trabajar en la finca de la familia Lagües.

Pastoreaba los campos y ayudaba en la casa. En su humilde tarea de pastora, el Señor le hablaba al corazón, mostrándose en la belleza de los verdes prados y en la luz del sol que doraba los caminos. La naturaleza parecía glorificar al Creador. Llena de reconocimiento, Bernadette le agradecía a Dios todas las maravillas que la rodeaban.

Un día, juntando unas piedras, hizo un altar a la Virgen, en medio del campo, con una pequeña imagen.

Una mañana, Bernadette, su hermana y Jeane Abadie, una niña del barrio, fueron a recoger leña al bosque. Antes de llegar a su destino, fueron advertidas por una señora del lugar que el camino estaba bloqueado debido a la caída de algunos árboles; tuvieron que cambiar su recorrido.

Se desviaron entonces hacia una región llamada Massabielle (en francés, literalmente *vielle masse* ‘vieja roca’), cuando apareció un nuevo obstáculo: para llegar tenían que cruzar un lodazal. Bernadette decidió parar ahí, pues tenía asma y no quería mojarse.

EL ENCUENTRO CON LA JOVEN «SEÑORA»

Donde ella estaba había una gruta profunda, excavada naturalmente en las rocas. A Bernadette no le estaba gustando quedarse sola en

aquel lugar tan silencioso; decidió cruzar el cauce inundado para encontrarse con las demás. Comenzó a quitarse los zuecos y ya se disponía a pasar, cuando escuchó un ruido y sintió la presencia de alguien. Ella pensó que se había equivocado, pues al girarse hacia el sonido, no vio nada.

Luego, como ella misma narró, la Virgen se apareció:

«Detrás de las ramas, dentro de la abertura, vi ense-



guida a una joven toda blanca, no más alta que yo, que me saludó con una ligera inclinación de cabeza [...]. Tuve miedo y retrocedí. Quise llamar a mis compañeras, pero no me sentí capaz. Me froté los ojos varias veces, creía engañarme. Al levantar los ojos, vi a una jovencita que me sonreía con muchísima gracia [...]. Pero yo aún sentía miedo. [...] Entonces me vino la idea de rezar. Metí la mano en el bolsillo, tomé el rosario que llevo habitualmente, me arrodillé e intenté santiguarme. Pero no pude llevarme la mano a la frente: se me cayó. Mientras, la joven se puso de lado y se volvió hacia mí. Esta vez tenía el gran rosario en la mano. Se santiguó como para empezar a rezar. A mí la mano me temblaba. Intenté santiguarme otra vez y pude hacerlo. Desde

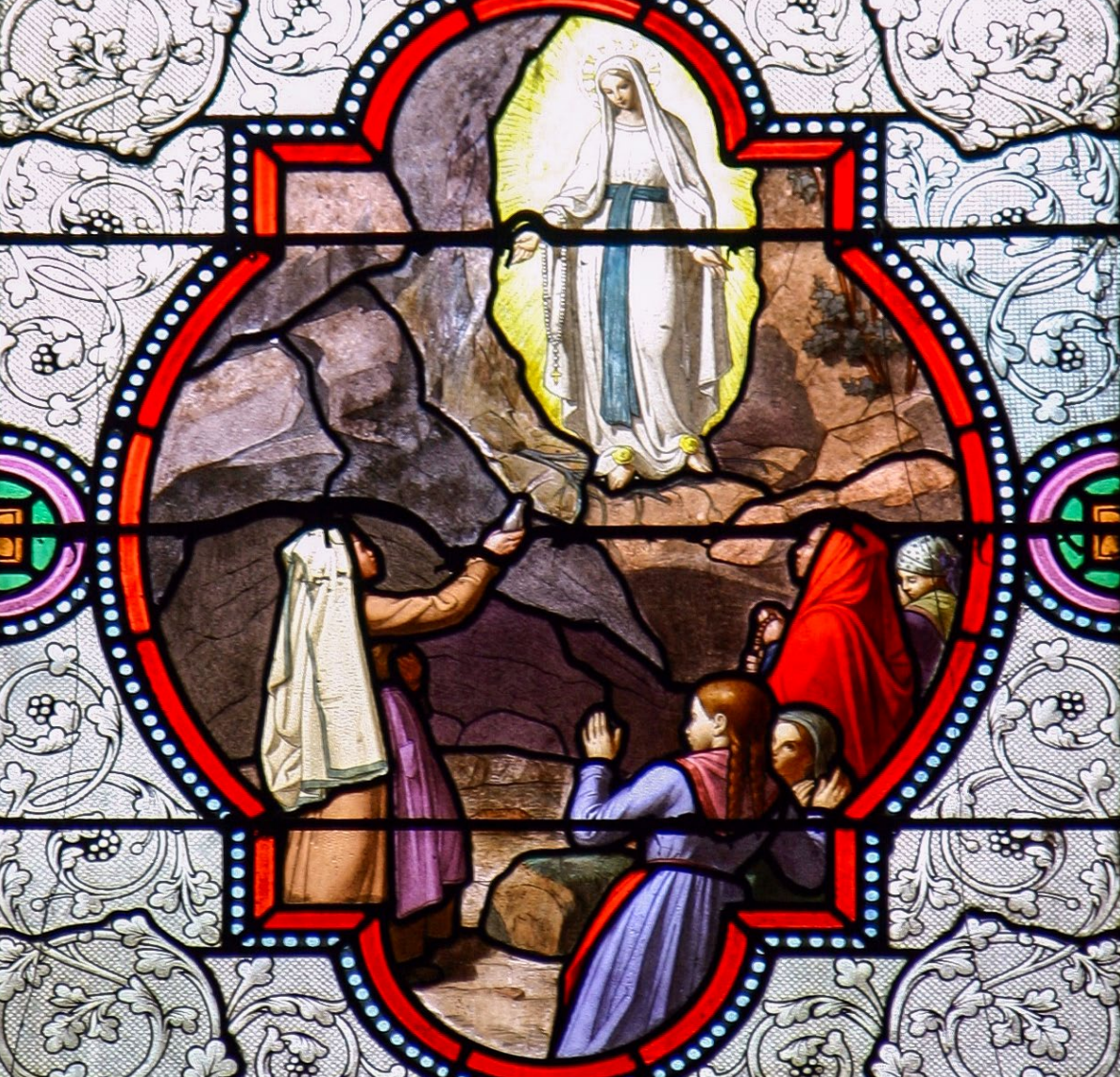


aquel momento no tuve más miedo. [...] Ella llevaba un vestido blanco, que le bajaba hasta los pies, de los cuales sólo se veía la punta. El vestido quedaba cerrado muy arriba, alrededor del cuello. Un velo blanco, que le cubría la cabeza, descendía por los hombros y los brazos hasta llegar al suelo. Sobre cada pie vi que tenía una rosa amarilla. La faja del vestido era azul y le caía hasta un poco más abajo de las rodillas. [...]

»La joven estaba llena de vida, era muy joven y se hallaba rodeada de luz. Cuando hube terminado el Rosario, me saludó sonriendo. Se retiró dentro del hueco y desapareció súbitamente».¹

Cuando su hermana y Jeanne Abadie regresaron, encontraron a Bernadette de rodillas, extasiada e inmóvil, y pálida, como si estuviera muerta.





LA GRUTA COMIENZA A ATRAER GENTE – SURGEN LAS PRIMERAS OPOSICIONES

La Señora se apareció muchas otras veces, dieciocho en total, y en sus apariciones siempre instaba a orar por los pecadores. Poco a poco, la gente fue acercándose al lugar, para presenciar el éxtasis de Bernadette.



La Señora siguió apareciendo y pidió que se construyera una capilla en el lugar de su aparición.

Pero surgieron oposiciones. Las primeras restricciones vinieron de las propias autoridades de la Iglesia, ya que, en casos como éste, los representantes de la Iglesia actúan con gran cautela para evi-

tar la propagación de falsas apariciones.

Así, el P. Marie Dominique Peyramale, párroco local, afirmó que no haría nada a menos que la Señora dijese quién era. En el fondo creía en Bernadette, pero trataba de preservar a la Iglesia y a los fieles, pensando que era mejor conocer los hechos.

BROTA LA FUENTE DE LAS AGUAS MILAGROSAS

El 25 de febrero de 1858, en la novena aparición, la Señora ordenó a Bernadette que cavara con sus propias manos en el terreno de las apariciones.

Estaban presentes más de trescientas personas. Comenzó a quitar la tierra y, poco a poco, fue apareciendo un agua turbia. La Señora le dijo que bebiera de esa agua. También le ordenó que comiera de la hierba que había cerca de la fuente. La multitud se opuso, diciendo:



«No hagas eso; no creas en cosas como visiones, ¡eso es una locura!».

Ella continuó cavando. Se escuchó un sonido de agua corriendo. El agua brotó con más fuerza y se volvió más clara a medida que iba cavando.

La Virgen le dijo a Bernadette que besara la tierra que tenía en sus manos, ya que el lugar era sagrado y serviría para cuidar los cuerpos enfermos y ablandar las almas endurecidas por la incredulidad.

En la decimosexta aparición, fiesta de la Anunciación, el 25 de marzo de 1858, la Señora se dio a conocer. Extendiendo sus manos, dijo:

«Yo soy la Inmaculada Concepción».

Con esta sencilla frase, Nuestra Señora de Lourdes confirmaba el dogma de la Inmaculada Concepción, proclamado por el Beato Pío IX en 1854. Y, a su vez, confirmó la veracidad de las apariciones, ya que la pequeña Bernadette no tenía el más mínimo conocimiento de la proclamación de este dogma. Además, como era analfabeta, no podía habérselo inventado. Por eso dejó asombrado al P. Peyramale cuando le narró lo que aquella Señora le había dicho.

Muchos no creyeron a Bernadette. Incluso dudaron de su salud mental. Algunos acudían al lugar por curiosidad, como el alcalde y el jefe de policía, el señor Renault; otros,

para comprobar la salud mental de Bernadette, como el médico principal de la región, el doctor Dozous, hombre ateo y muy influyente.

Este doctor acudió allí en la fiesta de Pascua: delante de mucha gente, examinó a la niña durante su éxtasis. Comprobó su pulso y arteria radial, buscando pruebas que probaran sus sospechas. Para él, ella sufría de histeria, lo que le provocaba alucinaciones. Sin embargo, no encontró ninguna evidencia de la enfermedad.

EL ALCALDE PROHÍBE EL ACCESO A LA GRUTA

Mientras tanto, muchas personas llegaban a Lourdes atraídas por las maravillas que allí ocurrían. Las autoridades civiles reaccionaron. En junio de 1858, el alcalde emitió una ordenanza



Luis Veuillot

que prohibía la extracción del agua de la gruta y ordenaba la construcción de una barrera para impedir el acceso.

Sin embargo, dos importantes personalidades pusieron

fin a aquella injusticia: el editor jefe de un periódico católico, Louis Veuillot, y la gobernadora del príncipe imperial, Madame Bruat, que fueron a visitar Lourdes.

Sin haberse puesto de acuerdo, los dos se encontraron allí el mismo día. Ambos solicitaron entrar a la gruta y fueron atendidos por las autoridades.

NAPOLEÓN III ORDENA LEVANTAR LA PROHIBICIÓN

Quien cerró el asunto fue el propio Napoleón III, tras escuchar el informe de Madame Bruat. Al ver que la prohibición de entrar a la gruta era injusta, Napoleón hizo saber su deseo al obispo local: que se permitiera inmediatamente el acceso a la gruta, ya que era un lugar público y nadie tenía derecho a decidir lo contrario. Y así se hizo.



Napoleón III

A pesar de toda aquella confusión, Bernadette estaba concentrada en su Primera Comunión, haciendo todo lo posible por asimilar los conocimientos sagrados. Durante este período, todavía estaba sufriendo con las especulaciones que se hacían sobre la veracidad de las visiones.

En enero de 1862, el obispo don Laurence, cuyo lema era *Virtus et Lux* (fuerza y luz), muy conocedor del caso, declaró verdaderas las apariciones de la Señora en Lourdes.

LA ENTRADA DE BERNADETTE A LA VIDA RELIGIOSA

Fue difícil contener a la multitud: las curaciones que se producían y las innumerables gracias que Dios derramaba allí aumentaron el entusiasmo de la gente por la santa.

Muchos llegaron a la conclusión de que, para protegerla del acoso, lo ideal sería que Bernadette entrase en una orden religiosa.

Ella aceptó y fue al convento de Nevers, de una congregación particularmente activa y que trabajaba vigorosamente.

Al principio, muy triste por tener que dejar a su familia y su querida gruta, Bernadette encontró aliento y una nueva manera de servir a la Señora en su trabajo.

Cuando las hermanas intentaron tratarla de manera diferente porque era alguien que había visto a la Santísima Virgen, ella decía:

«Vea que yo soy como cualquier otra persona. De hecho, si la Señora me escogió, es porque soy la más ignorante...».



Convento de Nevers

MILAGROS

Innumerables personas lograron el milagro de la curación en esa bendita fuente. El primer milagro fue el de Catherine Latapie, una mujer de 38 años. Después de haberse caído de un árbol, se quedó con el brazo derecho dislocado y dos dedos paralizados. Catherine



Catherine Latapie

estuvo en la gruta de Massabielle durante la duodécima aparición de la Santísima Virgen: puso su mano derecha en el agua, y su brazo y su mano quedaron sanos.

Otro caso fue el de un trabajador francés que perdió la vista por la explosión de una mina. Su fe lo llevó a bañarse en las aguas de Lourdes, y la Santísima Virgen, maternalmente, le devolvió la visión.

Entre las curaciones más prodigiosas que ocurrieron estuvo la de Justino, hijo de una familia modesta de la ciudad. En cierto

momento, ya paralizado y en agonía, todo su cuerpo se puso rígido. El padre exclamó:

—¡Ha muerto!

La esposa, llena de fe, tomó a su hijo en brazos y lo llevó a la gruta. Hacía un frío tremendo y, a pesar de ello, se encontraban allí seiscientos testigos. La madre oró fervientemente y sumergió el cuerpo inerte de su hijo en las gélidas aguas. Permaneció allí durante quince minutos. Ante el asombro de todos, incluidos tres médicos presentes, el niño no sólo volvió a la vida, sino que también se curó de la parálisis.

El enfermero Jean-Pierre Bély, víctima de esclerosis múltiple, también se curó milagrosamente.

Miles de curaciones han sido declaradas inexplicables por la ciencia. A pesar de esto, no todas fueron reconocidas como milagrosas por la Iglesia. Contrariamente a la creencia popular, los criterios de la Iglesia para evaluar un milagro son mucho más severos que los de la mayoría de los científicos. Por lo tanto, oficialmente y a fecha de hoy, contamos con setenta curaciones reconocidas por la autoridad eclesiástica. En promedio, cada dos años se produce un nuevo milagro en Lourdes.

PEREGRINACIONES

En 1908, el número de peregrinos a Lourdes había alcanzado el millón; en 1976 fueron cuatro millones; en 2002 hubo seis millones de visitantes. En 2008, con motivo del 150.º aniversario de las apariciones, la gruta recibió ocho millones de personas, procedentes de ciento setenta países. Sin embargo, la media anual se mantiene en seis millones de peregrinos. En resumen, desde 1858 ha habido trescientos millones de visitantes, veinte millones de los cuales eran enfermos.

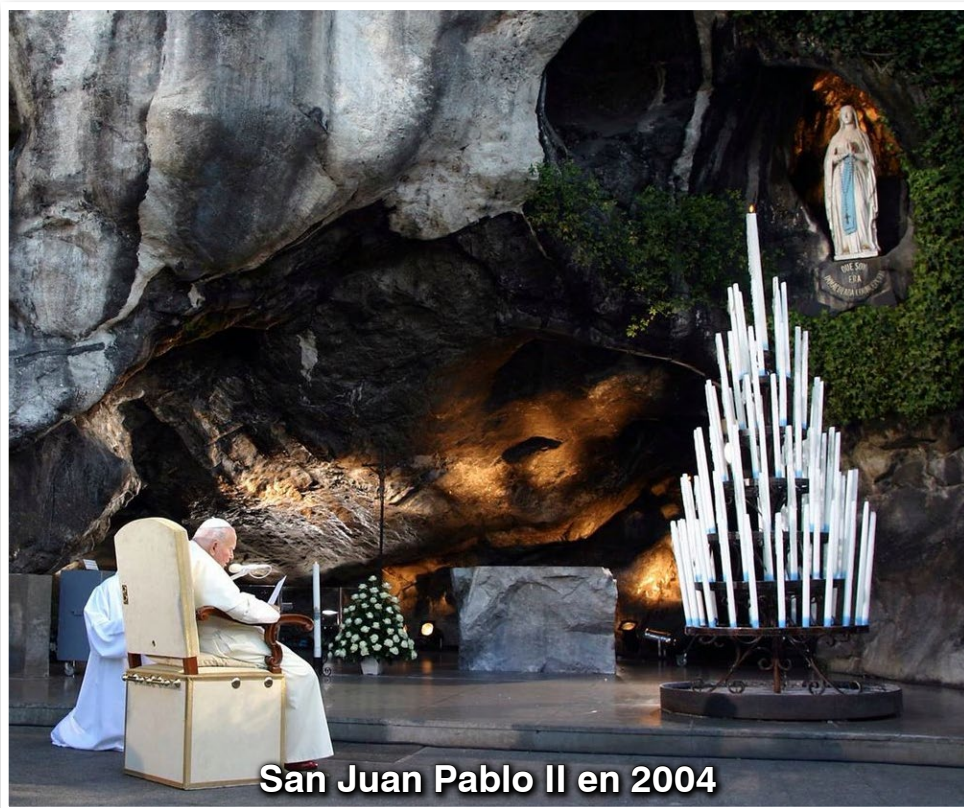


LOS PAPAS Y LOURDES

Como era de esperar, los Papas no sólo aprobaron, sino que dieron trascendencia a las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes.

Llama la atención la variedad de templos y edificios que encontramos en el complejo del Santuario de Lourdes, fruto de la enorme afluencia de peregrinos que cada año acuden allí. La primera capilla, de 1866, fue dedicada a la Inmaculada Concepción, como lo había pedido la Virgen, y se construyó encima de la gruta: es la





actual cripta. Pero enseguida se quedó pequeña y, sobre ella, cinco años después, se consagra la basílica de la Inmaculada Concepción, llamada basílica superior. Este primer conjunto configura el santuario original, a quien Pío IX concedió el título de basílica en 1874.

Todo ello no es suficiente para albergar a los peregrinos y, dieciocho años más tarde, se termina la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de un estilo inspirado en la arquitectura bizantina. A mediados del siglo XX se construye la basílica subterránea de San Pío X, con capacidad para veinticinco mil personas.

Cada uno de estos lugares es un espacio ideal para fortalecer la fe y unirse a Dios, pero es en la gruta de Massabielle donde más

se siente la paz, el recogimiento y la presencia de la Virgen Santísima.

En 1892, León XIII aprobó el oficio propio y la Misa festiva *In apparitione Beatae Mariæ Virginis Immaculatae*. El papa San Pío X extendió la celebración de la fiesta a toda la Iglesia.

Con motivo del centenario de las apariciones, en 1957, Pío XII escribió la encíclica *Le Pèlerinage de Lourdes* (La peregrinación a Lourdes).

En 2004, el 15 de agosto, solemnidad de la Asunción de la Virgen María, San Juan Pablo II celebró la Santa Misa en la explanada del Santuario de Lourdes. Había alrededor de cuatrocientas mil personas. El Sumo Pontífice visitó la gruta con motivo del 150.º aniversario del dogma de la Inmaculada Concepción.

Más recientemente, con motivo del 150.º aniversario de las apariciones de la Santísima Virgen en Lourdes, el papa Benedicto XVI hizo este hermoso comentario:

«Lourdes es uno de los lugares que Dios ha elegido para reflejar un destello especial de su belleza, por ello la importancia aquí del símbolo de la luz. [...] Desde entonces, ante la gruta, día y noche, verano e invierno, un enramado ardiente brilla rodeado de las oraciones de los peregrinos y enfermos, que

expresan sus preocupaciones y necesidades, pero sobre todo su fe y su esperanza».²

AÚN JOVEN, BERNADETTE VA AL ENCUENTRO DE LA SEÑORA QUE TANTO AMABA

Con el paso de los años, la salud ya comprometida de Bernadette resultó ser bastante frágil. Después de un constante seguimiento médico, se descubrió que padecía tuberculosis.

Debido a la enfermedad, nuestra santa pasó la mayor parte del tiempo en reposo, muy pálida. También tenía un tumor en la rodilla, que le provocaba dolores horribles.

Pasaba los días abrazada al crucifijo. Una vez les dijo a sus hermanas que moriría después de Pascua. Ofreció su silenciosa agonía por los pecadores, por los enfermos, por todos los que sufrían.

El 16 de abril de 1879, Bernadette entregó su alma a Dios. En agosto de 1908 se creó un tribunal eclesiástico para analizar su vida,



**Arriba, cuerpo de
Santa Bernadette en
1925; al lado, en 2022**

el cual reconoció, treinta años y cinco meses después de su muerte, que el cuerpo de Bernadette permanecía incorrupto...

Actualmente su cuerpo está cubierto por una finísima capa de cera, para facilitar la limpieza periódica, y está en un lugar visible a los ojos de todos: es un milagro constante, con el que Dios quiso distinguir a nuestra santa.

En 1913, San Pío X autorizó la introducción de la causa para su proceso de canonización. Y en 1933, precisamente en la fiesta de la Inmaculada Concepción, Pío XI la canonizó. Su fiesta se celebra el 16 de abril.

* * *

El universo sigue su curso, la tierra crece en poder tecnológico y hay descubrimientos sorprendentes; pero independientemente de este auge, miles de sus habitantes, cada año, inclinarán la cabeza y se arrodillarán dentro

de una tosca gruta, donde manan fuentes de agua inagotable que recuerdan a todos, sin cesar, la generosidad de una Madre que acoge y cura a personas de todas las edades, de todas las razas, de todas las partes del mundo, que entonan canciones, oraciones y peticiones en más de veinte lenguas.

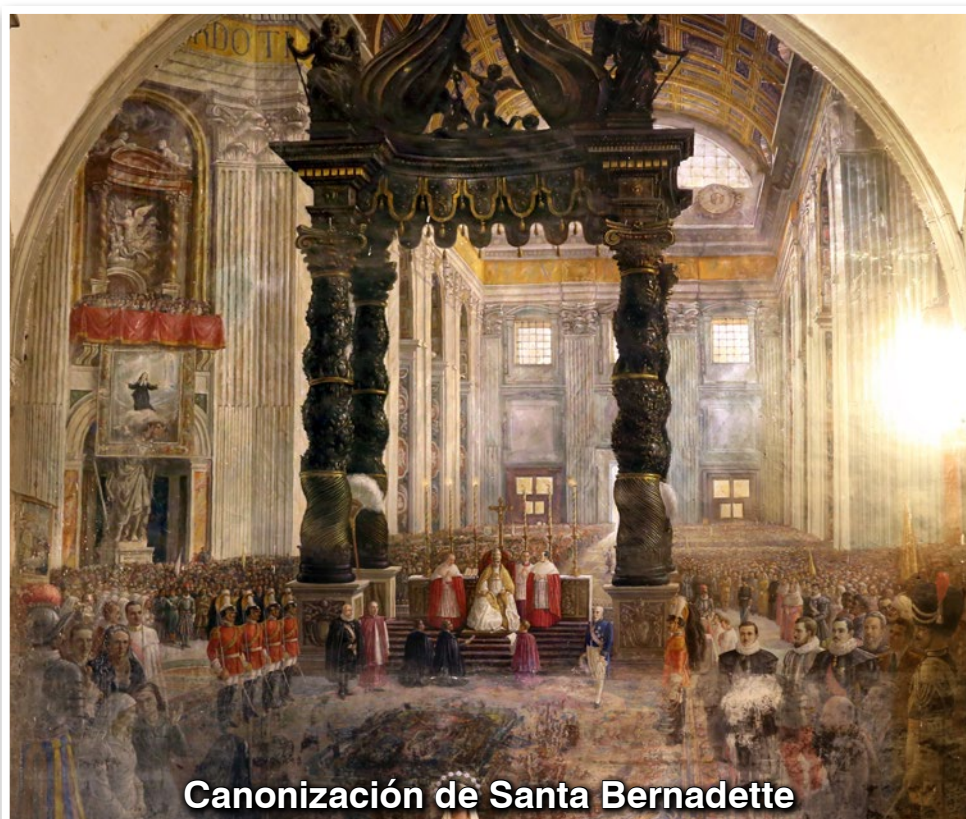
En todas partes se escucha:

«¡María, cúralo, Virgen Santísima!».

«Haz que camine, por favor...».

«¡Dale la vista, Madre mía!».

Lourdes es una presencia constante de la Santísima Virgen que, sobre todo, es nuestra Madre: «Ella sonríe a todos» —decía Bernadette. Es a cada uno de nosotros y a usted también, querido lector, a quien Ella dirige su sonrisa.



Canonización de Santa Bernadette

ORACIÓN

Oh, Señora de Lourdes, que te apareciste a Bernadette en la gruta de Massabielle, aquí estamos, implorando tu socorro y tu asistencia.

Tú que anunciaste en una de las apariciones: «Yo soy la Inmaculada Concepción»,



Santa Bernadette rezando en la gruta

haz nuestro corazón semejante al tuyo, libre de toda mancha y de todo pecado, haciéndonos, así, merecedores del Reino de los Cielos.

Tú que invitaste a la joven vidente a rezar el Rosario, déjanos entrar en tu escuela de oración y enséñanos a contemplar, con piedad y amor, el rostro bondadoso de Jesucristo.

Tú que hiciste brotar de la tierra una fuente de agua milagrosa, que curaste a miles y miles de enfermos a lo largo de los años, cura también todas nuestras enfermedades de cuerpo y de alma. Tú que eres la Salud de los Enfermos, dadnos la salud espiritual y corporal que necesitamos para nuestra salvación.

Tú que sonreíste a Bernadette, vuelve también hacia nosotros tu mirada y tu sonrisa. Tu bondad es el fiel reflejo de la ternura de Dios y la fuente de la esperanza invencible.

Oh, Señora de Lourdes, Tú que elegiste a Bernadette con su miseria, acuérdate de nosotros también y, como Madre amorosa, llévanos de la mano a tu lado, junto a tu Hijo Jesucristo. Amén.³

LA GRUTA DE LOURDES, CÁTEDRA DE UNA SORPRENDENTE ESCUELA DE ORACIÓN

En su viaje a Lourdes, en agosto de 2004, San Juan Pablo II dirigió unas emotivas palabras a los peregrinos, al inicio del Rosario en la gruta:

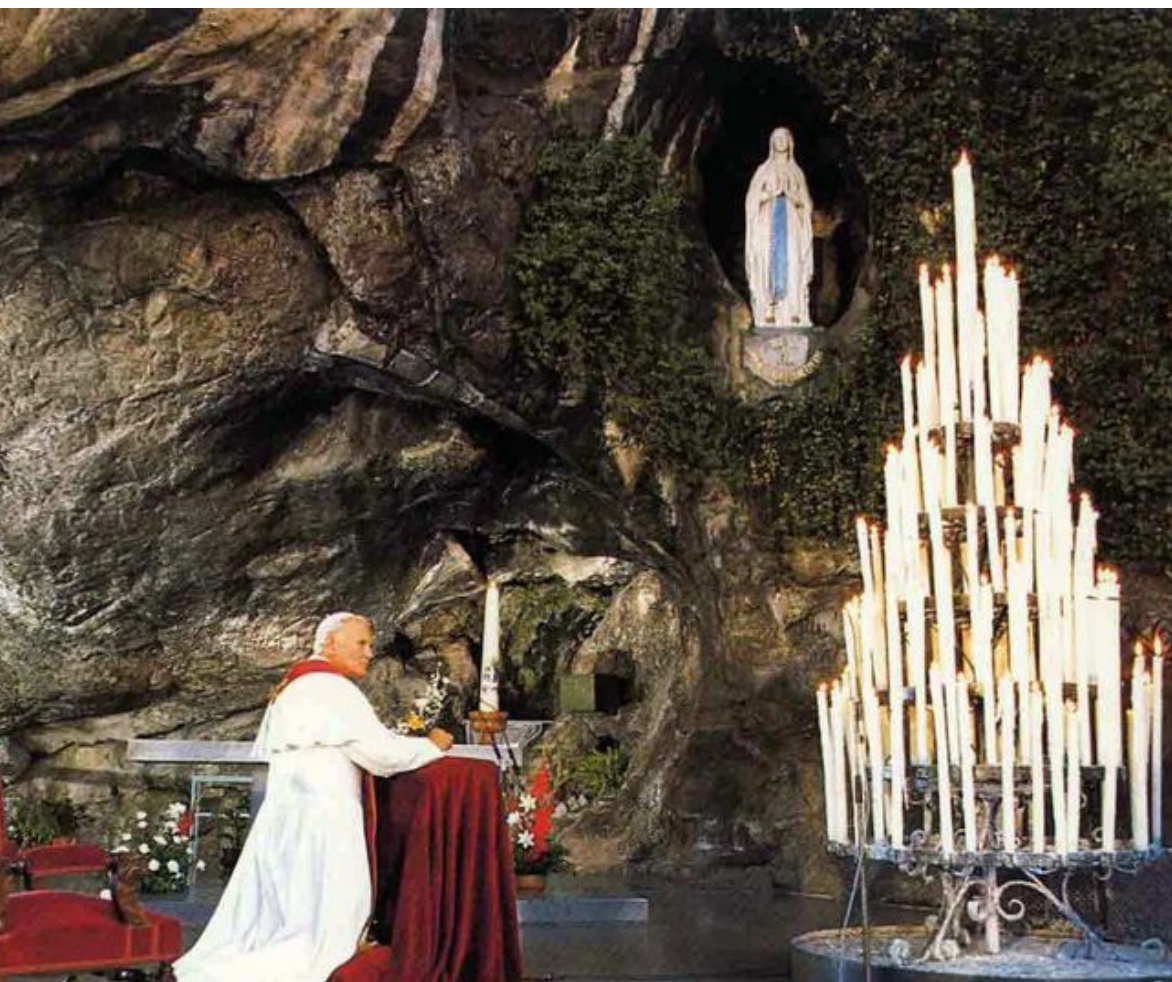
«Esta gruta, donde se apareció la Virgen María, es el corazón de Lourdes. Hace pensar en la cueva del monte Horeb, donde Elías se encontró con el Señor, que le habló en el “susurro de una brisa suave” (1 Re 19, 12). Aquí la Virgen invitó a Bernardita a rezar el Rosario, desgranando ella misma las cuentas. Así, esta gruta se ha convertido en la cátedra de una sorprendente escuela de oración, en la que María enseña a todos a contemplar con ardiente amor el rostro de Cristo.

»Por eso, Lourdes es el lugar donde oran de rodillas los creyentes de Francia y de mu-

chas otras naciones de Europa y del mundo entero.

»Esta tarde, también nosotros, peregrinos en Lourdes, queremos recorrer de nuevo, orando juntamente con la Virgen, los “misterios” en los que Jesús se manifiesta como “luz del mundo”. Recordemos su promesa: “El que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn 8, 12).

»Queremos aprender de la humilde esclava del Señor la disponibilidad dócil a la escucha y el esfuerzo generoso por acoger en nuestra vida la enseñanza de Cristo».⁴



LOURDES CON LOS OJOS DEL MILAGRO⁵

«Nada grande se hace de repente», dice un viejo refrán. Ni siquiera los milagros, porque Dios prepara a las almas con solicitud paterna para que reciban las grandes gracias. Henri Lasserre, agraciado con un milagro en Lourdes, da ejemplo de esta metodología divina al contar el proceso de su cura y conversión.

Era el año 1862. Henri Lasserre, escritor famoso, sufría una grave enfermedad que poco a poco lo estaba dejando ciego. Había consultado a los mejores médicos especializados, y todos decían que su caso no tenía solución. Muy angustiado ante la idea de la ceguera completa, decidió escribir una carta a uno de sus mejores amigos, Charles Freycinet, renombrado ingeniero, al que confió su tragedia.

Días después llegó la respuesta de Freycinet con un inesperado consejo, porque era protestante: «Estos últimos días, al volver de Cauterets, he pasado por Lourdes (junto a Tar-

bes); allí he visitado la célebre Gruta, y he oído cosas tan maravillosas en punto a curaciones producidas por sus aguas, principalmente en padecimientos de la vista, que te ruego muy de veras que acudas a ellas. Si yo fuese católico, creyente como tú, y estuviera enfermo, no vacilaría en intentar este recurso. Si es cierto que ha habido enfermos súbitamente curados, puedes tú aspirar a ser uno de tantos; y si no es cierto, ¿qué pierdes por probar?». ⁶

Poco tiempo después, el 2 de octubre de 1862, los dos amigos se reencontraron en París. Freycinet insistió nuevamente con Lasserre, queriendo persuadirlo a seguir su consejo. Se puso a su disposición para enviar una carta a Lourdes solicitando el agua milagrosa. Tanto deseaba beneficiar a su amigo que incluso le recomendó confesarse a fin de estar dignamente preparado para la intervención divina. Ante esta actitud, Lasserre se quedó impresionado.

Escuchemos cómo relata él mismo uno de los mayores prodigios ocurridos en los comienzos de la gruta de Lourdes: ⁷

Por la tarde [10 de octubre de 1862] dicté [algunas] cartas al señor de Freycinet, y a las cuatro [...] volví a mi casa. Cuando iba a subir la escalera, me llamó el portero.

—Os han traído del ferrocarril una caja, me dijo.



Al oírlo, entré vivamente en el cuarto del portero, donde había efectivamente una cajita de madera blanca, que llevaba en un lado mis señas, y en otro estas palabras [...]: «Agua natural».

Era el agua de Lourdes.

Al cogerla sentí en mi interior una violenta emoción, pero procuré disimularla.

—Está bien, dije al portero. Volveré dentro de poco, y la recogeré.

Y abismado en mis pensamientos, salí a la calle.

—Esto va poniéndose serio, pensaba. Tiene razón mi amigo; es preciso que me prepare. En la situación de alma que hace algún tiempo me hallo, no puedo, mientras no me purifique, pedir a Dios que haga un milagro en favor mío. [...]

Lasserre salió en busca de confesión, pero fue en vano, porque había una gran cantidad de personas en la fila del confesionario.

Mis instintos me empujaban con irresistible violencia hacia la distracción, mientras que una voz grave, una voz que solo me parecía débil porque estaba acostumbrado a ser sordo a sus llamamientos, una voz sagrada y profunda, me aconsejaba el recogimiento.

Largo rato vacilé, entregado a contrarios impulsos.

Por fin vencieron los buenos instintos, y me encaminé a la calle del Sena.

Recogí en la portería la cajita y con ella un folleto relativo a las Apariciones de Lourdes, y subí rápidamente la escalera.

Al llegar a mi cuarto, arrodilléme junto a la cama y recé, aunque comprendía que era indigno de volver mis ojos al cielo y hablar con Dios.

En seguida me levanté. Al entrar había colocado encima de la chimenea la caja de madera blanca y el librito que la acompañaba. Miraba a cada momento la caja que contenía el agua misteriosa, y me parecía que en aquella solitaria habitación iba a pasar algo grande. Temía tocar con mis impuras manos la madera que cubría el agua sagrada, y por otra parte sentía singulares tentaciones de abrirla y de no aguardar a la confesión que por la noche iba a hacer.

Aquella lucha duró [bastante tiempo], y concluyó con una oración.

—¡Sí, Dios mío!, exclamé. Soy un miserable pecador, indigno de elevar mi voz hasta Vos, y de tocar un objeto que Vos habéis bendecido. Pero el mismo exceso de mi miseria debe excitar vuestra compasión. Dios mío, lleno de fe y de confianza acudo a Vos y a la Santísima Virgen María, y desde el fondo del abismo os dirijo mis lamentos. Esta noche confesaré mis faltas a vuestro ministro; pero mi fe no quiere y no puede esperar. Perdonadme, Señor, y curadme. Y vos, Madre de misericordia, ¡socorrer a vuestro desgraciado hijo!

Y habiéndome de este modo fortalecido con la oración, me atreví a abrir la caja. Dentro había una botella llena de agua.

Quité el corcho, puse agua en una taza, y saqué de mi cómoda una servilleta. En aquellos vulgares preparativos, que hice con minucioso cuidado, resplandecía (nunca lo olvidaré) una secreta solemnidad que me asombraba a mí mismo mientras iba y venía por mi cuarto. En aquel cuarto no estaba yo solo: se reconocía evidentemente la presencia de Dios, y la Santísima Virgen, por mí invocada, me acompañaba también sin duda alguna.

La fe, una fe ardiente y vigorosa, abrasaba mi alma.

Cuando acabé todos los preliminares, volví a arrodillarme.

—¡Oh Santísima Virgen María!, exclamé en alta voz; tened piedad de mí, y curad mi ceguera física y moral.



Y al pronunciar aquellas palabras, con el corazón lleno de confianza, me froté sucesivamente ambos ojos y la frente con la servilleta que había empapado en agua de Lourdes, operación que no duró más de treinta segundos.

¡Júzguese mi asombro, y casi iba a decir mi espanto! Apenas tocó a mis ojos y a mi frente el agua milagrosa, sentíame curado de improviso, bruscamente, sin transición, con una rapidez que, en mi imperfecto lenguaje, sólo puedo comparar con la del rayo.

¡Extrañas contradicciones de la humana naturaleza! Pocos momentos antes creía a mi fe que me prometía mi curación, y entonces no podía dar crédito a mis sentimientos, que me aseguraban el cumplimiento de mis esperanzas.

No, no daba crédito a mis sentidos, hasta el punto de que, a pesar de un efecto tan instantáneo, cometí la falta de Moisés y herí dos veces la roca; es decir, que durante algún tiempo continué rezando y mojándome los ojos y la frente, sin atreverme a levantarme ni a probar si era verdad mi curación.

Sin embargo, al cabo de diez minutos en esta situación, la fuerza que en mis ojos sentía y la completa carencia de pesadez en la vista, no podían dejarme duda alguna.

—¡Estoy curado!, exclamé.

Y me levanté para coger un libro cualquiera y leerlo... Pero de repente me detuve.

—No, me dije a mí mismo; no debo en estos momentos coger un libro cualquiera.

Y fui a buscar la relación de la Aparición, que había dejado encima de la chimenea, lo cual no era más que obrar con justicia.

Leí sin interrumpirme y sin sentir la menor fatiga ciento cuatro páginas; veinte minutos antes no hubiera podido leer ni tres líneas.

Y si me detuve en la página 104 fue porque eran más de las cinco y media de la tarde, hora en que el 10 de octubre es casi de noche en París. Cuando abandoné el libro estaban encendiendo los faroles en las tiendas de la calle donde vivo.

Por la noche me confesé, y di parte al Sr. Ferrand [sacerdote confesor suyo] de la singular gracia que acababa de concederme la Santísima Virgen. Aunque no estaba preparado, según ya he dicho, mi confesor tuvo a bien permitirme que comulgase al día siguiente, para dar gracias a Dios por un beneficio tan especial y tan extraordinario, y para fortificar las resoluciones que un acontecimiento de esta clase debía haber engendrado en mi corazón.

- ¹ PEÑA, OAR, Ángel. *Santa Bernardita, la vidente de Lourdes*. Quito: Jesús de la Misericordia, 2013, pp. 35-44.
- ² BENEDICTO XVI. *Homilía en la procesión con antorchas en Lourdes*, 13/9/2008. In: www.vatican.va.
- ³ SOUZA, Luiz Alexandre de. *Novena a Nossa Senhora de Lourdes*. São Paulo: AMRC, 2011.
- ⁴ JUAN PABLO II. *Alocución al inicio del Rosario en la gruta de Lourdes*, 14/8/2004. In: www.vatican.va.
- ⁵ Extraído, con adaptaciones, de VÍCCOLA, Michelle. Lourdes con los ojos del milagro. In: *Heraldos del Evangelio-Salvame Reina*. Madrid. Año V. N.º 43 (feb, 2007); pp. 24-25.
- ⁶ LASSERRE, Enrique. *Nuestra Señora de Lourdes*. Traducción de Francisco Melgar. 7.ª ed. Madrid: Gregorio del Amo, 1958, pp. 339-340.
- ⁷ Ídem, pp. 345-348.

